

Josefina Vicens: delineaciones de la diferencia

José de María Romero Barea

Se nos pide que pongamos nuestras frustraciones en perspectiva en lugar de dejar que estas nos abrumen, “porque la experiencia es eso: una triste riqueza que solo sirve para saber cómo se debería haber vivido, pero no para vivir nuevamente”. A medida que las falsas promesas se derrumban alrededor, se transmite la crueldad, el ensimismamiento y la vulnerabilidad de las cambiantes lealtades: “Es de tu realidad de lo único que puedes hablar. Y si de ella no te es posible extraer lo que requieres para un libro distinto y trascendente, renuncia a tu sueño”.

El paraíso prometido se convierte en una ilusión preservada a través de lo remanente, representado como un intento de encontrar un camino de regreso a lo incompleto. La novela *El libro vacío* (1958; Premio Xavier Villaurrutia) elude invariablemente una conclusión: se ajusta a la prescripción del romántico John Keats de una “capacidad negativa” basada en las posibilidades de convivir con las incertidumbres, conscientes de que “nada es fijo ni permanece inmóvil en el trémulo corazón del hombre.”

En ella, el héroe se ve afectado por las acciones ajenas o el cambio en las circunstancias; su expresión se desplaza a través de la interacción con sus propios recuerdos, sensaciones y pensamientos. Al abordar el tema de frente, Josefina Vicens (Tabasco, 1911 - Ciudad de México, 1988), contribuye reflexiva y persuasivamente a un debate cuya irreverencia es atractiva. Pronto, el lector se deja embaucar por la narración que comparte sus afecciones; el relato nos evade a la vez que nos alude.

A su vez, la saga *Los años falsos* (1982; Premio Juchimán de Plata), de la misma autora, vinculada al grupo de los Contemporáneos (amiga de Xavier Villaurrutia, Salvador Novo o Elías Nandino), se deleita con juegos de palabras, anagramas y alusiones que respaldan cualquier significado que queramos proyectar sobre ellas: “Todos hemos venido a verme”, comienza. Con fluidez de géneros y acentos, la novelista, periodista y guionista mexicana incurre en delirios homogéneos en torno a los cuales se han construido tradicionalmente los desvaríos populistas.

Se abren paso pormenorizados intentos de describir los estados internos del ser a través de las meticulosas oraciones interrumpidas por repentinas e inesperadas consideraciones: “Yo sí sé lo que significa el no pronunciar las palabras que me devolverían la vida”, confiesa nuestro interlocutor, Luis Alfonso ante la tumba de su padre: “Con sólo pronunciarlas todo me sería devuelto. Pero allí permanece, al borde de mis labios, como al borde de un río crecido, imposible de cruzar”.

Se equilibran moderación y violencia, se insiste en la indeterminación, mientras otras narrativas entran y salen de lo que creemos que nos cuentan: “Sentí”, apostilla Luis Alfonso, “que había yo llegado al centro mismo del silencio y que era ahí donde debía permanecer”. Ambos libros, editados por Tránsito, rastrean referencias de nuestro defectuoso presente. El examen filosófico a cargo de la individualidad de la representante de La Generación del Medio Siglo (a la que pertenecen, entre otros, Edmundo Valadés, Octavio Paz o Juan Rulfo) se demora en la contingencia de qué se gana al perder.

Delineaciones de la diferencia se centran en separar los hilos de nuestro malestar: “Sus palabras conducen a un lugar propio —por donde quieren, por donde pueden—, personalísimo, intransitado”, sostiene la escritora Sara Mesa (1976) en el prólogo. Tangenciales, parcialmente vislumbradas, ambas crónicas sugieren

distanciamientos, desplazamientos físicos y emocionales, que “han convertido a Vicens en la autora de culto que ahora es no por su voz íntima, sino por el gran rumor que genera su obra”, concluye la novelista y cuentista madrileña.

Se combina la diligente erudición con el afán periodístico en este intento de examinar los cismas desde todos los frentes, sin enarbolar bandera alguna; más bien, haciendo que aflore la investigación pormenorizada de preguntas sin respuesta. Heredera del discurso tartamudo de Rimbaud o las contundentes disquisiciones de Nietzsche, esta literatura intenta desempacar pacientemente su heterogeneidad a través de sus rupturas.

El resultado se jacta de repudiar cualquier forma de comunicación que no sean las notas escritas al margen o los intentos de transmitir la información a través del lenguaje de signos. Ambas obras demuestran lo que ya sabemos: que somos apenas información en manos de otros, pistas falsas alimentadas por goteo, ciclos de ida y vuelta en una cronología que oscila entre las perspectivas, todas ellas falibles, de una trama detectivesca sin posibilidades de resolución.

Sevilla 2023